

# HOMENAJE A CÁNTICO

En el Centenario de Ricardo Molina y Miguel del Moral  
1917-2017

**HOMENAJE A «CÁNTICO»  
EN EL CENTENARIO DE  
RICARDO MOLINA Y MIGUEL DEL MORAL  
(1917 – 2017)**



2017

**Edita:**

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS  
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

**Textos:**

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Julio Aumente
Vicente Aleixandre	José de Miguel
Dámaso Alonso	Mariano Roldán
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Juan Bernier	

**Fotografía:**

Francisco Sánchez Moreno

**Comisario de la Exposición:**

Juan Hidalgo del Moral

**Coordinación Catálogo:**

Miguel Clementson

**Montaje:**

Óscar Moreno Plaza

**Diseño:**

Isabel Pérez, M. Clementson

**Maquetación e impresión:**

GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

**Agradecimientos:**

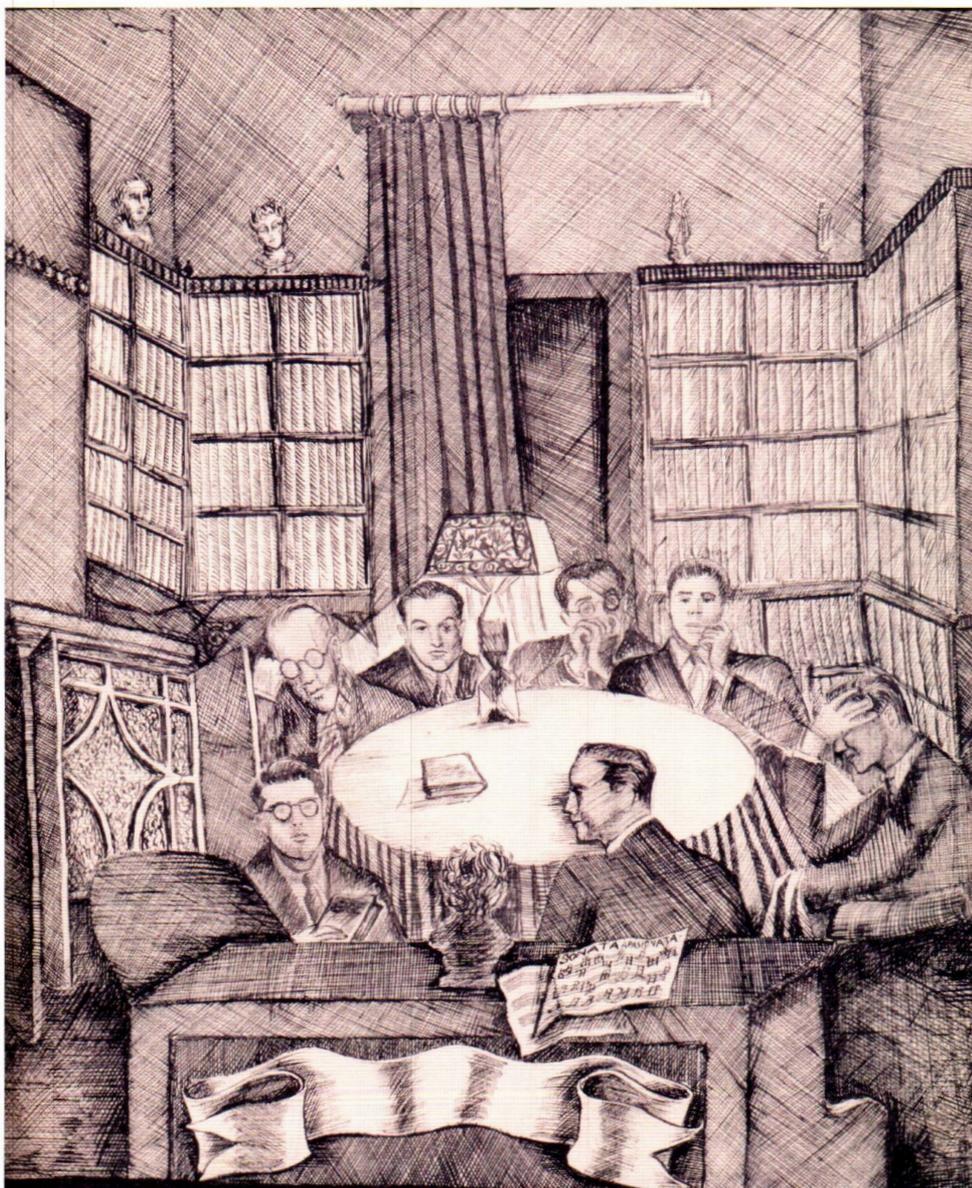
Juan Muñoz González  
Fotoestudio Jiménez  
J.C. Nievas  
A. Holgado  
Tomás Egea  
MBAC

**Dep. Legal:** CO 2143-2017

## EL SABOR DE LA AMISTAD

RETRATOS Y SEMBLANZAS MUTUAS  
DE UNA PLÉYADE ANDALUZA  
EN TIEMPOS DE SILENCIO

Selección de textos:  
Carlos Clementson



GINÉS LIÉBANA, *Reunión en casa de D. Carlos López de Rozas* (1940), tinta / papel.

## RICARDO MOLINA



### ELEGÍA XIII

*A Joaquín de Entrambasaguas*

Los que lean mis Elegías cuando yo esté ya muerto  
dirán: *Este poeta era igual que nosotros.*  
*¿Sus amores? ¡Acaso no hemos amado todos!*  
*¿Su tristeza? ¡Quién no estuvo triste en la vida!*  
*Así cualquiera puede ser poeta.*  
*Es fácil hacer versos sin medida*  
*y hablar siempre de rosas y de lilas,*  
*de cielos y de nubes, de besos y recuerdos.*

Pero yo habré ya muerto y será primavera  
y violetas y lirios cubrirán las colinas  
y los amores nuevos y las nuevas tristezas  
perfumarán el mundo con sus flores radiantes  
de deseos, de lágrimas lo mismo que la vida.  
Y otros dirán tal vez: *Amaba sólo el cuerpo.*  
*Era un materialista.*  
*Sus Elegías son poco recomendables.*  
*Muchas podrían tacharse incluso de inmorales.*

Y yo habré muerto entonces y será primavera  
y los tiernos deseos despertarán lo mismo  
que misteriosas aves en la tierra,  
y agitarán sus alas triunfantes en el aire  
y sus gorgeos mágicos  
llevarán a las verdes alamedas  
amantes que en la sombra se besarán los labios.

Y algunos una tarde  
dirán: *¿Qué nombre tuvo en la tierra su amada?*

Y unos pensarán en Elisa o en Laura,  
y otros en Isabel, en Beatriz o en Teresa...  
Y se preguntarán su nombre en vano  
y su dulce pregunta quedará sin respuesta.

Pues yo habré muerto entonces y será primavera  
y la vida cantando cruzará por los campos  
y los amores nuevos y las nuevas tristezas  
apagarán con nombres de otras mujeres bellas  
el de aquella que amé sobre la tierra.

Y un día una doncella leerá mis Elegías  
y al llegar a la decimotercera  
acaso diga: *Cuánto amor, cuánta dulzura*  
*hay en este poeta.*  
Y tal vez se confiese que de haberme encontrado  
en Sandua o Piedrahita me hubiera amado tanto...

Y aunque sea primavera y yo haya muerto entonces,  
al beso de la lluvia despertarán las flores;  
el amor pasará suspirando en su flauta  
por los bosques sombríos y las claras montañas,  
y al agitarle el viento los cabellos de oro  
temblará la doncella, y yo estaré a su lado  
aspirando el perfume de su melancolía,  
y el cielo se pondrá más profundo y más grave,  
y yo seré una sombra dulce y apasionada  
que cruzará en silencio los verdes arrayanes.



GINÉS LIÉBANA

*Escenas del pensamiento discontinuo: la dama de la vaca, el palacio abandonado y la barca en el vacío, óleo / tablex, 51 x 67 cm.*

## ELEGÍA XXX

En el Charco de la Pava, en el Jardín del Alpargate,  
en los chozos de barro y de taraje  
que azotan las tormentas al lado de la cárcel,  
en los tugurios ásperos de riñas y blasfemias,  
igual que bajo lámparas de plata  
y arcángeles y vírgenes y santos,  
pasea Juan Bernier interminablemente.

Con su bufanda azul, su gabardina vieja,  
su sombrero mojado, su paraguas de seda,  
a través de los campos cuando el trigo madura,  
cuando el almendro en flor es casi un árbol místico  
y los álamos cantan a la orilla del río,  
Juan Bernier, misterioso y en silencio, pasea.

¿Qué misterio suaviza su paso por las calles,  
por las plazas, los campos, las eras y los prados?  
¿Qué misterio le lleva al bosque de eucaliptos  
tan fúnebre y oscuro que se diría maldito?  
¿Qué misterio le pone los ojos vidriosos  
como si viera cosas que los demás ignoran?  
¿Qué misterio le sigue siempre como una sombra?  
Ah, vano es preguntarles. Juan Bernier no contesta.  
Impenetrablemente silencioso pasea...

¿Qué busca por las calles y a través de los campos?  
¿Qué enigma le mantiene hermético y aislado?  
¿Le ha respondido alguien a su oculta pregunta,  
la nube, el perro, el niño, el mendigo o el pájaro?  
¿Qué busca por el mundo? ¿Qué busca que no encuentra?  
¿Qué ve con su mirada perversa y evangélica?  
Juan Bernier lo ve todo. Por eso no contesta.

¿Qué sabe que nos mira de repente y se calla?  
¿Qué sabe de la vida que pasa al lado suyo?  
¿Qué sabe que no cesa en su eterno paseo?  
¿Qué descubrió en los hombres o en las cosas que nunca  
se detiene a no ser delante de una copa  
en la más apartada de todas las tabernas?  
Tal vez lo sepa todo y ese sea su misterio...

Igual que aquel maestre Juan Cotard, de Villon,  
le he visto con frecuencia bajo la luna ebrio,  
pero no hay vino en Córdoba que lo pueda embriagar  
ni primavera que lo saque de sí mismo,  
pues el mundo con todos sus dolores confusos,  
con sus gentes diversas, con sus tristes parajes,  
con sus torvos cipreses, con sus perros aullantes,  
con su légamo fértil y con sus alamedas  
es en su corazón como una oscura lágrima  
cuyos tristes destellos encienden sus poemas.

Y en ese mundo extraño cual nube desgarrada  
hay mendigos horribles que aplastan las violetas  
y mujeres preñadas que duermen entre hierbas  
y niños que se mueren en las sendas  
y morados crepúsculos cuyas imprecaciones  
invaden fulgurando las honduras del cielo  
y un otoño tan rico en humos y matices  
como un estercolero de leprosos ardiendo.

Pero si hay hombres tristes que en sí mismos destruyen  
la imagen de su Dios, y adolescentes trágicos  
que huyen del verde influjo de la luna,  
hay otros que dialogan con mujeres suaves  
en cuya piel desnuda los rayos de la noche  
son una silenciosa caricia plateada  
que serena su instinto y en dioses los convierte.

Y si hay amores puros como rosas tempranas  
también hay fríos reproches y palabras de odio,  
y si hay blancas terrazas cerca de las estrellas  
también hay pobres chozas que azota la tormenta,  
y la frente del hombre sangra en la noche herida  
por la luz desolada de un rayo de ceniza,  
y por eso pasea Juan Bernier en silencio  
porque nadie encontró todavía la palabra,  
ay, la palabra amarga y dura como la vida...



GINÉS LIÉBANA, *Angelina Arévalo* (1970), óleo / lienzo, 70 x 60 cm

## ELEGÍA XXXII

Cuando voy solitario por los tristes caminos  
y contemplo ese cielo que sangra desollado,  
cuando guía el otoño mis pasos por el campo  
y dilata mi alma como un lago de humo,

cuando llevo mi mano al pecho y me pregunto  
si vivo todavía porque ya nada creo,  
cuando un niño que llora o una vieja que pasa  
mi corazón oprimen como si alguien muriera  
y el mundo me parece un cementerio acuoso  
donde un perro invisible aúlla a los cipreses  
y los pájaros bellos cuyo nombre no supe  
aprender, a otros climas más dichosos emigran,

cuando el aire me envuelve como un mar de tristeza  
y los astros diríanse como crueles lámparas  
que alumbran el vacío del corazón humano,  
pienso en ti porque tú sabes que "*la belleza  
habita en otra parte*", y releo tu carta,  
grande y misteriosa como un retablo de oro;  
esa carta, la última que de Madrid me escribes,  
y en que me hablas de otoños más bellos que los nuestros,  
del Retiro que cruzas, solo, todos los días,  
de tus melancolías y de cómo te sientes  
dichosamente triste en el mes de noviembre.

Por amar la belleza y buscarla en la tierra,  
por besar en las lilas el color de tu sueño,  
por sufrir en la sombra sonriendo,  
una voz desolada —honda como la angustia—  
dice en mi corazón, ¡oh Liébana!, tu nombre.

Heme aquí en las calles que despuebla el invierno.  
En el Císter están de novena a la Virgen:  
la Inmaculada azul, sobre cándidas nubes,  
sonríe entre palomas disecadas  
y ángeles vestidos de platilla brillante,  
de la misma platilla con que, hace diez años,  
envolvían las monjas libras de chocolate.

Por eso ahora —como otras viejas comunidades—  
el convento decae y pierde su dulzura

pues no tienen cacao ni vainilla ni azúcar  
y por eso las monjas viven tan pobremente  
que tienen que buscarse la vida por las calles  
vendiendo papeletas para rifas piadosas.

¿Es ésta aquella Córdoba que amamos?  
¿Es ésta aquella Córdoba de melifluas voces  
cuyo acento de vísperas llegaba hasta nosotros,  
cuando Bernier lo mismo que a escolares ingenuos  
nos llevaba a admirar el patio de un convento?

¿Es ésta aquella Córdoba de la "solera pálida"  
en las viejas tabernas patriarcales  
cuando con voz un poco temblorosa leía  
Pablo García Baena la "Égloga de Belisa"?

¿Es ésta aquella Córdoba de almendros y naranjos  
y de Gabriel bajo el claro de la luna,  
de largas confidencias de versos y de amores  
por la orilla del río hasta la madrugada?

¿Es ésta aquella Córdoba? Ah, cómo supo Lorca  
que Córdoba está siempre sola,  
lejana y sola.

Y yo que vivo y canto y sufro y sueño en ella  
a la luz de la luna o perdido en la sombra,  
también, también yo estoy siempre lejano y solo  
y ¿soy éste?, pregunto igual que ¿es ésta Córdoba?

Y cuando ni yo mismo sabría responderme  
y como a ti, oh amigo, me embriaga la tristeza  
y todo me parece irreal y fantástico,  
y dudo que yo sea el que creí hasta ahora,  
pienso en ti y eso llena de fe mi corazón  
y mi angustia se calma y su cielo confuso  
se serena y mi vida se llena de promesas  
y sonrío a las flores y contemplo las nubes  
y me digo que soy desgraciado y poeta,  
y me siento tu hermano y eso me basta, Liébana.



JUAN POLO, *Góngora, los últimos años* (2005), escayola patinada, 60 x 35 x 30 cm.

## CARTA A MARIO LÓPEZ

Mario, tus pastos y encinas,  
tus liebres y tus podencos,  
tu dulce fusil romántico,  
tus casinos soñolientos,  
tu grave casa paterna  
con sus desvanes desiertos,  
donde sueñas plantas raras,  
ángeles, olas, toreros,  
tus solitarios laureles,  
tus misteriosos recuerdos  
de señoritas que amaron  
allá por mil novecientos,  
tu presencia patriarcal  
alta y sana como el Cerro  
de la Ermita de Jesús,  
tu talante de labriego  
y de patricio romano,  
me sacan a campo abierto,  
a campiña cordobesa,  
a era de agosto, a fuego  
de rastrojo huracanado,  
a paz de olivar inmenso.



## SONETO

*A Antonio Mairena*

En la fuente del alba silenciosa  
tejiendo sombra y luz nació tu cante  
transido aún de luna, desbordante  
de claro ruiseñor y roja rosa.

Yo admiro y amo el alma poderosa  
de tu raza y el sol que suspirante  
tu voz incendia y la tristeza errante,  
que se queja en tu copla misteriosa.

India andaluza su laurel más puro  
floreció en los plateados olivares  
y los verdes naranjos de Sevilla.

Allí su rey el martinete oscuro  
te aclama; allí su reino soleares  
te rinden y su imperio seguiriya.

## ANDALUCÍA INTERIOR

(Sigüiriya)

Andalucía, luz que suena a sombra,  
alegre sol que alumbra umbrías penas,  
roja adelfa y radiante paradoja.

Entre palmas y pinos quejumbrosos  
tira el tiempo en monedas a las ondas,  
luego canta, de pronto, azul y oro.

Andalucía, verde luz de cueva  
gritando al alba soledad de Córdoba,  
mágica luna de Sierra Morena.

No jardín contenido. Descampado.  
No prolijo tapiz de muchas voces.  
Sólo una copla, un grito, un son amargo...



JUAN POLO, *Tercio de varas*, bronce.

## ODA A MIGUEL DEL MORAL

La violeta es la viola que pulsas  
subiendo escalinatas de alcanfor  
hacia sonidos quietos que se matan,  
hacia alacranes de muerte silenciosa.

He aquí, granate y noche, tu *Torero*  
al filo del clarín, mientras, porosa  
la madera se bebe los grises y la arena  
tritura soñadores cangrejos carmesíes.

He aquí *Amarga* cuyo amante es el verde,  
sombrió enamorado elemental,  
que la envuelve sabiendo que si existe  
es gracias al conjuro de la mirada de ella.

La fastuosa cena del Bautista  
decorativamente metafísica  
con el sagrado pan horizontal,  
con la intuición salvaje del saltamontes.

*La sopa boba* más que albur o guinda  
suculenta al mendigo harapiento,  
canela del Señor cuyo gracioso aroma  
sólo catarlo puede el olfato del ángel.

Tú, misterioso trípode evocador de vidas  
en un espiritismo de pinceles,  
el corazón prismático en los ojos  
y borrascas de luna en la frente,

miras al grito, el mar arrebatado  
de un dios a quien arrastra la luz por los cabellos,  
o bien ante la pálida *Caríatide*  
la murena acaricias de su fría tristeza.

Frágil lienzo, pindárico, eternizas  
si allí escoltado de veladas parcas  
cesáreo y mártir de su gloria surge  
*Manolete* parado en su solsticio.

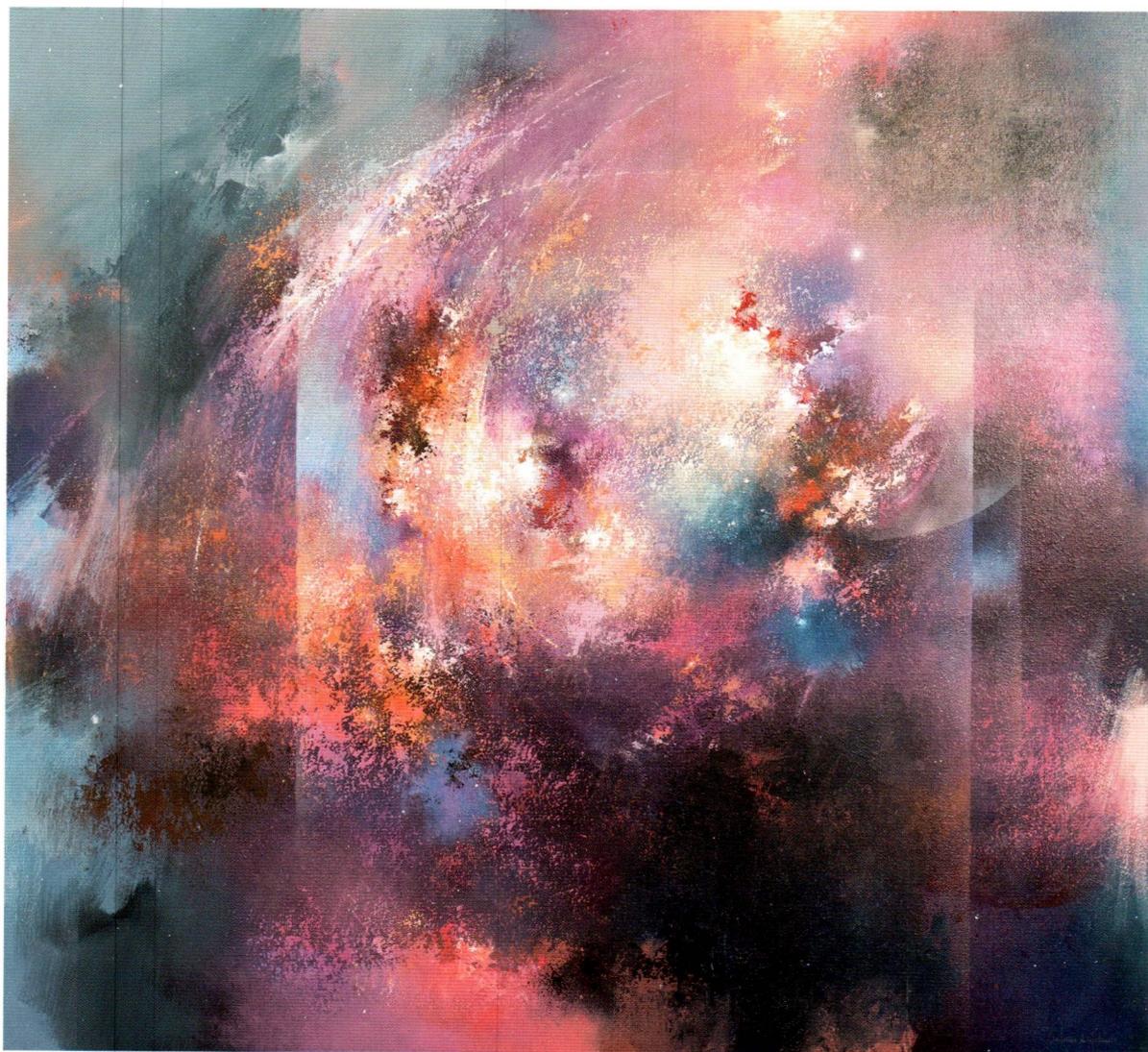


M. del MORAL, *Alegoría a la muerte de Manolete* (1948)

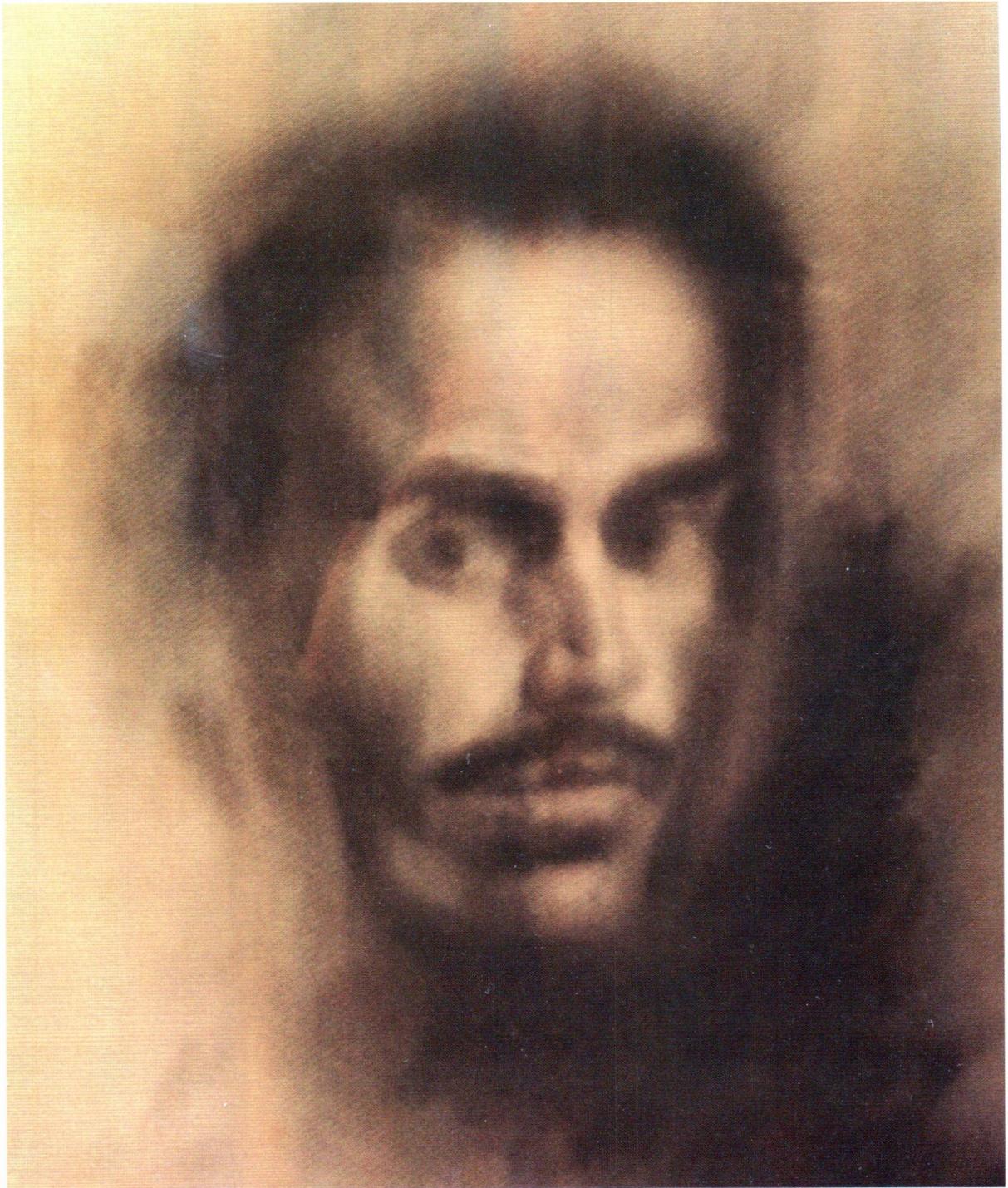
Luego llueve. *La Niña de la felpa*,  
del unicornio mágico, del vario  
pejel azul, borrosas soledades  
hace de ciego pez y ciega alcoba.

*Miércoles de Ceniza* eterno ríe  
del sensible tesoro corrompido  
con óseo rictus cuya seca máxima  
nos predica: *Sic transit gloria mundi*.

Nube rosa ilusión despliega el iris  
abrumando la tarde y Primavera  
abre para ti solo misteriosa  
la alcándara triunfal de los colores.



ANTONIO BUJALANCE, *A diez mil años luz* (2011), acrílico / tablero, 110 x 120 cm.



M. del MORAL, *Autorretrato* (h.1950), carbón graso / papel, 37 x 30 cm.

## CORONA POÉTICA PARA UN CENTENARIO

RICARDO MOLINA – MIGUEL DEL MORAL

IN MEMORIAM



Algo mío quedará entre los hombres  
así flotante pluma habiendo sido  
largo río perenne, corriendo  
con el son de mi vida que en el mundo  
Quedará solo intacta la armonía  
que consumió la ciega medida de los siglos.

Ni palabra ni son me dirán  
y si embargo no me iré de  
En cuanto a mi fidelidad  
conquistó mi palabra para el futuro cierto

Sagrada soledad de montañas y rielles  
dirá de mí a los hombres que vendrán.

Mi fe no será nunca por el tiempo barba  
La luna del verano bañará un paisaje,  
la camyina donde hombres y mujeres  
Sean ríos pastorales

Richard Rollins



Fundación | Cajasol

OCT. - NOV. 2017

ALMORAL